



# 1

## UN LUGAR ENTRE LOS ÁRBOLES

IRIS

—Ya nos queda poco, Rita —digo en voz alta a mi perra, que duerme enroscada en el asiento trasero, mientras contemplo cómo la carretera se estrecha y serpentea suavemente por un valle. Tengo los nudillos blancos sobre el volante y los hombros tensos por el viaje. Sigo las instrucciones del GPS al pie de la letra: deseo llegar cuanto antes a la casa que he alquilado para ducharme y descansar. Cojo aire y lo suelto con lentitud para desprenderme de los nervios.

Estoy rodeada de altos pinos y abedules. Estos últimos dejan caer sus hojas doradas al suelo, señal de que el otoño está a la vuelta de la esquina. Por la rendija de mi ventana entra una suave corriente fresca que acaricia mis mejillas.

Mi perra ladra.

Se ha despertado y sé que está impaciente por llegar a nuestro nuevo hogar. Yo también lo estoy. No ha sido fácil cerrar el capítulo de mi vida en el que he estado sumergida estos últimos meses. Ha sido duro. Muy duro. He tenido que

dejar atrás a mi familia y mis sueños con la esperanza de encontrar la paz que no hallaba en Hoboken, Nueva Jersey.

Southwest Harbor, Maine, es muy diferente de Hoboken. Las últimas semanas las he pasado informándome sobre este lugar antes de decidirme a dar el gran paso. Busqué información en internet y consulté libros que fui pidiendo prestados en la biblioteca. Hice una lista con los pros y los contras de mudarme a un sitio tan remoto y pequeño como Southwest Harbor, y, aunque encontré bastantes aspectos negativos, los positivos pesaron más a la hora de decidirme. He cambiado Nueva Jersey por Maine con la esperanza de que aquí, en este nuevo estado, pueda rehacer mi vida o, al menos, hacer una pequeña parada y armarme de valor antes de regresar a Hoboken.

Llevo unas ocho horas conduciendo, parando en gasolineras y en pequeños establecimientos para descansar junto a Rita. La miro por el retrovisor y sonrío. Sus inteligentes ojos castaños me observan con expectación y curiosidad.

Tomo una última curva con mi furgoneta y aparece un pequeño cartel de madera envejecida en el que puedo leer «*Bienvenidos a Southwest Harbor*» con letras desgastadas en color blanco.

—¡Hemos llegado, Rita! —exclamo con alegría.

Mi perra se levanta de su asiento, al que está enganchada con su cinturón de seguridad, y mueve la cola con energía.

Al pasar junto al cartel, noto un cambio en el aire. La brisa trae un olor a salitre y a madera quemada. Si estuviera en Hoboken, lo que me hubiera recibido habría sido un intenso olor a gasolina y neumáticos abrasados.

He entrado desde la carretera principal, la Ruta 102, y las casas aparecen dispersas, con jardines naturales que mezclan flores silvestres con arbustos. Algunas también tienen faroles o decoraciones náuticas, como redes o boyas.

A mano derecha se ve el pequeño puerto, con barcos pesqueros y veleros atracados, redes extendidas para secarse y gaviotas rondando. A la izquierda, un banco de piedra junto a un parque con bancos de madera y un monumento en honor a los pescadores del pueblo.

Más adelante, la carretera cruza el centro, donde se encuentran las pocas tiendas del pueblo: la panadería, la librería, el café Common Good y el pequeño ayuntamiento de madera. La gente, a diferencia de Hoboken, camina despacio y se saluda con familiaridad. Hay bicicletas apoyadas en las fachadas y perros acompañando a sus dueños. Algo dentro de mí me dice que Rita va a ser muy feliz aquí.

Al fondo, hacia el norte, se elevan colinas cubiertas de bosque, y hacia el este se vislumbra el mar. Rita ha sacado el hocico por la ventana y mueve la nariz con premura. Debe de estar hechizada por el olor a mar y a bosque.

Giro a la izquierda en la calle principal del pueblo, Main Street, y a mi derecha veo una galería de arte local, una panadería y un cartel de madera tallada que dice «*Common Good Cafe*». Algunos vecinos se giran con curiosidad hacia mi vieja y destartalada furgoneta. Está llena de polvo, y lamento no haberme detenido en la última gasolinera para lavarla. Lo último que quiero es llamar la atención.

A unos metros, tomo una calle estrecha que desciende suavemente hacia el mar: Clark Point Road. Mi corazón late con rapidez ante la idea de llegar, por fin, a la casa que he alquilado.

La calle está flanqueada por casas de madera, algunas reformadas, otras con pintura descascarillada. Las vallas blancas que las rodean están salpicadas de musgo, y hay flores silvestres creciendo sin permiso. A un lado, entre los árboles, se intuye el astillero de Hinckley Yachts, con olor a barniz y sal. Las gaviotas pasan volando bajo, quizá con la esperanza de coger pescado o cualquier resto comestible.

Giro hacia una pequeña entrada entre los árboles, apenas marcada con un buzón oxidado y una dirección pintada a mano: «15 Clark Point Rd.».

El camino de entrada es de grava, con raíces que sobresalen del suelo. La cabaña aparece poco a poco: de madera gris, con porche cubierto, rodeada de helechos y con un olmo torcido creciendo al lado de la puerta. El mar se insinúa entre los troncos, como una promesa al fondo.

Suspiro y apago el motor al aparcar.

El silencio es casi absoluto, roto exclusivamente por el sonido de las hojas al ser pisadas y algún que otro barco en la distancia. Me quito el cinturón de seguridad y me bajo del coche para estirar la espalda. Rita ladra, y sé que está impaciente por bajarse.

Con una sonrisa, voy hacia su puerta y la abro. Sus ojos castaños brillan de alegría y curiosidad, y eso hace que los nervios que me aprietan el pecho se aligeren suavemente. Le quito el cinturón de seguridad y ella sale de un salto.

—¿Iris Lark?

Me giro con rapidez para encontrarme con un par de ojos azules que me observan con curiosidad. Debe de ser Agatha, mi casera. O seguramente su nieta, ya que la joven que se acerca hacia mí no tiene ochenta años. Más bien la mitad, o incluso un poco menos. Aparenta ser una mujer entre los treinta y cuarenta años.

Estiro una mano para estrechársela.

—Sí, soy yo.

—Bienvenida a Southwest Harbor. Soy la nieta de Agatha, Margot. Has sido muy puntual —me dice con una pequeña sonrisa. Su melena pelirroja está suelta en suaves ondas que enmarcan un rostro bonito y femenino—. Vengo a traerte las llaves.

Abre su bolso negro de piel y saca tres llaves con un llavero a juego. Es un faro. Estiro la mano para alcanzarlas.

—Gracias —digo en cuanto las tengo en mi poder.

—De nada. Te iré pasando las facturas de luz y agua a medida que vayan llegando. Puedes pagarlas del mismo modo que has pagado la fianza y el mes.

—De acuerdo. Así lo haré —afirmo, recordando que lo había hecho a través de transferencia bancaria. También había pagado una pequeña tasa de limpieza para que, cuando me fuera, un equipo de limpieza dejaran la casa tal y como yo iba a recibirla: limpia y ordenada.

—¿Necesitas ayuda con las cajas? —pregunta, haciendo un gesto hacia mi vieja furgoneta verde.

Niego con la cabeza. ¿Cómo voy a pedirle que me eche una mano cuando va vestida impoluta y sin una sola arruga? Las cajas deben de tener polvo y alguna que otra arañilla que se haya colado desde Hoboken.

—No es necesario —respondo—. Gracias.

—Bien. Entonces, tengo que marcharme. Espero que te encuentres a gusto y cómoda en la casa. Puedes llamarme para cualquier cosa que necesites. —Margot alza la barbilla y suspira—. Te pido encarecidamente que, si necesitas algo, me lo digas a mí. Mi abuela Agatha no está en su mejor momento.

Asiento un par de veces y echo un vistazo a Rita. Mi perra está oliendo el césped del jardín y parece muy entretenida. Creo que he encontrado el lugar perfecto para ella. Desconozco si lo es para mí, pero al menos, desde que he entrado en Southwest Harbor, no he sentido la imperiosa necesidad de marcharme, como si la sombra que me había alcanzado en Hoboken se hubiese quedado allí.

—Por supuesto —susurro.

Margot asiente y vuelve hacia su coche. Me pregunto cuándo habrá llegado y, en caso de haberlo hecho después de mí, cómo es posible que no me haya enterado del sonido del motor. Se va en un Toyota Corolla negro impoluto.

No es hasta que gira el coche y la pierdo de vista que miro la casa y cojo aire.

Rita es la primera en cruzar el porche, como si oliera mi indecisión y ella sí estuviese preparada para empezar una nueva vida allí. Se detiene ante la puerta, meneando la cola, olfateando la madera vieja como si reconociera algo. Yo respiro hondo, meto la llave en la cerradura y empujo.

La puerta cede con un crujido grave, como si la casa se despareciera después de un largo sueño.

El interior está envuelto en penumbra y polvo en suspensión. Una mezcla de humedad, madera vieja y algo más. No es desagradable, solo antiguo, como si el aire llevara tiempo esperando a ser respirado.

A mi izquierda veo una estufa de leña negra con la pintura desconchada. A la derecha, una butaca tapada con una manta a cuadros. El suelo de madera cruje bajo mis botas marrones de cordones. La casa no es grande, pero tiene justo lo que necesito: una sala con dos ventanales que dan al porche, una cocina abierta con estanterías algo viejas y una alacena donde alguien ha dejado un frasco vacío de miel.

Hay cuadros colgados en las paredes, de paisajes costeros y aves marinas, quizás pintados por la antigua propietaria. Algunos están torcidos, como si el viento de tantas tormentas hubiera dejado su firma.

Subo las escaleras angostas que llevaban al altillo. El dormitorio es abuhardillado, con una cama de matrimonio de hierro bajo una ventana enmarcada por cortinas descoloridas. Sobre la cómoda, alguien ha dejado una taza sin terminar y una postal clavada con una chincheta oxidada. «*Volveré pronto*», decía. No firmaba nadie. Prefiero dejarla ahí, quizá dentro de unos días Margot me llame para llevársela.

Bajo de nuevo y me dirijo al porche, donde Rita me espera sentada, mirando el mar entre los árboles.

Esto es precioso.

—No está tan mal —murmuro.

He alquilado la casa con idea de pasar unos meses para alejarme de la sombra que me persigue en Hoboken. Lo justo para sanar, esconderme o quizá ambas cosas. Pero mientras me dirijo a mi furgoneta y saco la primera caja, mi mochila cae al suelo con un golpe sordo. Siento, por primera vez en mucho tiempo, que algo nuevo puede empezar. Algo bueno, lejos de murmullos y acusaciones, donde incluso yo misma dudé de mi propia inocencia en algún momento.

—Este será nuestro nuevo hogar, Rita —susurro—. Al menos durante una larga temporada.

Salgo de la casa con una mezcla de nervios y emoción revoloteando en el pecho. Llevo un rato descargando cajas y me empiezan a doler las manos y la espalda. La brisa fresca me acaricia el rostro mientras camino hacia mi furgoneta verde, estacionada justo al borde del camino. Las pocas cajas que me quedan esperan apiladas y listas para convertirse en parte de este nuevo capítulo que apenas comienza.

Abro la puerta del conductor y me apoyo un instante, inspirando hondo. Sé que no solo estoy transportando pertenencias, sino también recuerdos y esperanzas. Esta casa, con su jardín modesto y ese aroma a madera vieja, promete ser el lugar donde puedo reconstruirme, paso a paso, antes de regresar a Hoboken con fuerzas para enfrentarme a mis demonios.

Después de un par de vueltas, vuelvo a salir para coger la última caja. Al agarrarla siento el peso de lo desconocido, pero también una chispa de valentía que me empuja a seguir adelante. Miro de nuevo hacia la casa, que parece observarme en silencio, como esperando a que le dé vida con mis viejas pertenencias.

Con una sonrisa casi imperceptible, cierro la puerta de la furgoneta y voy hacia el porche, decidida a empezar.

Apenas vacío un par de cajas antes de dirigirme a la cocina y enchufar el frigorífico. Está completamente vacío, aunque limpio, por lo que voy a por mi móvil para ver qué hora es y mirar en internet si los supermercados están abiertos.

El que más cerca me pilla se encuentra en el número 344 de Main Street, el Sawyer's Market. Por lo que veo en las imágenes, vende desde productos frescos hasta alimentos preparados, lo que me viene muy bien para este momento. Me encuentro cansada y con pocas ganas de ponerme a cocinar.

Decido ir al supermercado y me prometo que al día siguiente me encargará de vaciar las cajas. Tampoco es que traiga muchas cosas. Quería empezar desde cero y solo me he traído lo indispensable: algo de ropa, mi ordenador, medicinas de mi antiguo centro veterinario, comida para Rita, su cama y algunos libros.

Me he dejado la cartera en la furgoneta, así que silbo para que Rita me siga y salimos. Cierro la puerta, echo el cerrojo y le abro la puerta de la furgoneta a mi perra. Ella entra de un salto y la sujeto con el cinturón de seguridad. Luego rodeo la furgoneta, me siento ante el volante y enciendo el GPS.

Podría ir andando, pero lo que menos me apetece en este momento es convertirme en el centro de atención de los habitantes de Southwest Harbor. Quiero comprar algo de comida y regresar a mi nuevo hogar.

Miro la casa por la ventanilla y contengo la respiración unos segundos.

Todavía me cuesta creer que exista un lugar así. Es bonita sin ser ostentosa, con ese porche de madera que cruje bajo los pies y las ventanas amplias por las que se cuela la luz tamizada del bosque. Transmite calma. Acogida. Como si me

estuviera diciendo, en silencio, que puedo quedarme todo el tiempo que necesite.

Quiero volver cuanto antes, descalzarme, preparar una taza de té y dejar que el silencio me arrope.

Rita debe de sentir lo mismo, porque gime con suavidad.

—Ahora volvemos, cariño. Vamos a comprar algo de comer.

Y sin esperar ni un segundo más, pongo rumbo al supermercado.



## 2

### LO QUE SE VE DESDE EL PUERTO

IRIS

Aparco frente al supermercado, en un pequeño descampado de grava que hace las veces de aparcamiento. No hay líneas pintadas ni carteles, solo una fila desordenada de coches estacionados con tranquilidad. Bajo del coche y, por un instante, me detengo a observar cómo una mujer mayor carga el maletero de su *pick-up* con una bolsa de manzanas. Tienen buena pinta, y mi estómago gruñe.

Voy hasta Rita. Le quito el cinturón de seguridad del arnés y baja de un salto. Cierro la puerta y echo el seguro. No hace falta que le diga que me siga: ella ya lo hace. Nunca he tenido que enseñarle nada. Siempre ha sido una perra muy lista.

Es una Golden Retriever que fue abandonada junto a sus hermanos en una estrecha calle de Hoboken, rodeada de cubos de basura y un nauseabundo olor a huevos podridos. Una vecina los encontró. Yo decidí quedarme con ella de inmediato, hará unos cinco años, aunque tuve que batallar un poco con mis padres. En aquel entonces vivía con ellos, y acababa

de dejar mi trabajo en una clínica veterinaria para abrir la mía propia. El resto de los hermanos fueron adoptados por otros vecinos de la calle.

Desde ese momento, Rita y yo nos hemos vuelto inseparables.

No me imagino mi día a día sin ella.

Avanzo hacia la entrada del supermercado. Rita camina a mi lado, con las orejas erguidas y la nariz en movimiento constante, como si cada olor fuera nuevo para ella, acostumbrada al de la ciudad.

El aire huele a salitre, a pan recién horneado y a hojas secas. La brisa arrastra consigo el murmullo lejano del puerto y el canto metálico de una gaviota. A lo lejos se oye el chirrido de una bicicleta y el tintineo de una campanita al abrirse la puerta de alguna tienda.

Frente al supermercado, un pequeño expositor de madera sostiene cestas con calabazas, manzanas y tarros de miel local. Un cartel pintado a mano anuncia: «*Pan de arce y canela, recién hecho*».

Me detengo un segundo a observarlo todo. A absorberlo. Es otro ritmo, otra vida. Me cuesta creer que, hasta hace apenas un día, mi mundo era el ruido constante de los coches, los edificios grises y las aceras atestadas. Aquí, en cambio, todo parece moverse a cámara lenta.

Rita se sienta a mi lado, paciente, como si también estuviera admirando la escena. Me agacho para acariciarle la cabeza.

—Vamos, cariño. No tardaremos.

Empujo la puerta de cristal, que se abre con un leve tintineo, y entramos. Varias cabezas se giran hacia nosotras y luego clavan sus miradas en Rita. En ese momento pienso que, quizá, está prohibida la entrada de mascotas. Miro a mi perra, y como si me entendiera, se queda sentada junto a la puerta.

Este pequeño contratiempo no parece desanimarla, más bien todo lo contrario. Mueve la nariz mientras observa lo que hay a su alrededor.

Le acaricio la cabeza y cojo una pequeña cesta para llenarla de alimentos.

Camino por los pasillos con la cesta en el brazo, sintiendo bajo mis pies el suelo de madera gastada y el suave murmullo de voces lejanas llenas de curiosidad. Sé que están hablando de mí, pero decido ignorar a esas personas y no mirar en su dirección. Rita sigue en su sitio, paciente y tranquila.

Me detengo frente a una pila de manzanas brillantes y rojizas. Cojo una, la sopeso en la mano y me la acerco a la nariz. Tiene un aroma dulce y fresco que me recuerda a los veranos en casa de mis abuelos. La dejo caer en la cesta.

Unos metros más adelante alcanzo un bote pequeño de miel local. Su color dorado me hipnotiza bajo la luz tenue del supermercado. Pienso que será perfecto para endulzar las infusiones y para dar un toque especial a los desayunos que planeo preparar aquí. Me gusta cocinar, y, ahora que no tengo trabajo, por ahora, tendré tiempo de usar mi creatividad e innovar.

Cojo una bolsa de zanahorias firmes y de color intenso, luego escojo un paquete de pasta con la intención de echarle tomate.

En la sección de productos lácteos me decanto por una botella de leche fresca y un trozo de queso cheddar. La cajera me sonríe amablemente cuando paso junto a ella, y en ese gesto simple siento que, con diferencia, la gente del pueblo es más cercana que la de ciudad.

Antes de dirigirme a la caja, cojo una pequeña bolsa de frutos secos y un paquetito de galletas artesanales. Son un pequeño premio para mí, un capricho que me he ganado después de un viaje largo y una nueva vida por empezar.

Con la cesta llena, miro a Rita, que me observa con ojos atentos y confiados. Juntas, estamos dando los primeros pasos hacia algo nuevo, hacia un hogar. La verdad es que no sé qué habría sido de mí si ella no hubiese estado en mi vida. Cuando ocurrió ese terrible suceso en mi centro veterinario... pensé que mi vida profesional había terminado. Y mi vida personal también.

Me estremezco al recordar lo mal que lo pasé en Hoboken y termino de hacer la compra.

Me dirijo hacia la cajera, que me observa con curiosidad y simpatía, y coloco la cesta en la cinta transportadora.

—¿Eres nueva? —pregunta—. Creo que no te he visto antes por Southwest Harbor.

Mi peor momento ha llegado.

El de socializar y hablar con desconocidos. Me había dicho que, si mantenía las distancias y no hablaba con nadie, ninguna persona acabaría enterándose de lo que hice en Hoboken. No quiero que la gente vuelva a mirarme con desconfianza y acritud. Quiero mantenerme al margen, que no busquen mi nombre en internet e investiguen lo que hice.

Tengo que mantener las distancias.

*Por saludar no va a pasar nada, Iris.*

—Sí —respondo con nerviosismo. Me humedezco los labios y me coloco un mechón de cabello detrás de la oreja—. Acabo de llegar.

—Bienvenida a Southwest Harbor —me dice con una enorme sonrisa.

La cajera es una mujer que debe de rondar los treinta y pocos, de cabello castaño claro recogido en una coleta baja y con algunas canas que empiezan a asomar. Tiene la piel ligeramente bronceada por el sol de la costa y unas arrugas muy suaves alrededor de los ojos. Lleva una camiseta de algodón azul y un delantal verde oliva, un uniforme sencillo e

impoluto. Sus ojos verdes son cálidos y atentos, y cuando me mira, no hay juicio, solo curiosidad amable.

Veo que en su camiseta tiene una plaquita en la que se lee «*Soleil*». Un nombre muy bonito.

—Gracias —respondo.

—Me llamo Soleil Brewster y esta es mi tienda. Bueno, en realidad es de mi padre, pero él se ha jubilado y ahora me encargo yo.

Se queda callada, quizá a la espera de que le diga mi nombre.

*Estoy siendo demasiado rara. Sin contar que descortés también. ¡Di algo, Iris!*

—Soy Iris —suelto de golpe y con cierta torpeza. No añado mi apellido, y agradezco que ella no insista.

—Es un placer, Iris. ¿Dónde te estás quedando? Oh, perdona. A veces hago demasiadas preguntas. Me temo que tendrás que acostumbrarte a eso. Aquí somos así: nos tomamos demasiadas confianzas.

Sacudo la cabeza, apenas sonriendo, mientras ella empieza a pasar los productos por el lector de código de barras. Luego los guarda con sumo cuidado en una bolsa de papel reciclable.

—Espero que Southwest Harbor te dé lo que estás buscando, Iris. Es un lugar maravilloso, lleno de mitos y leyendas —dice, y en su voz se adivina el cariño profundo que siente por su pueblo—. Si necesitas algo, no dudes en venir. Te ayudaré en lo que pueda.

Le doy las gracias con cierta timidez y cojo la bolsa con la comida. Camino hacia Rita, que me espera sentada en la puerta, moviendo la cola con impaciencia.

—¿Vamos?

Me sigue hasta la furgoneta. Abro el maletero y coloco la bolsa con cuidado. Luego me sacudo las manos contra los

vaqueros cortos que llevo puestos y alzo la mirada. Aún quedan un par de horas de luz antes de que anochezca, y, la verdad, me apetece dar una vuelta. Quizá podría acercarme a la costa. Ver el mar.

Alzo una ceja en dirección a mi perra.

—¿Te apetece que nos acerquemos al puerto?

Rita ladra, y lo tomo como un sí.

Cierro la furgoneta y decido ir andando. Según pone en mi móvil, el puerto está a unos cuatrocientos metros, lo que será un relajante paseo por el pueblo. Sé que me expongo a que varias personas me vean y comiencen a circular preguntas sobre mí, la nueva habitante de Southwest Harbor, pero creo que va a merecer la pena.

Apenas unos minutos después, ya caminamos por una de las calles que desembocan en el puerto. El olor a salitre se intensifica con la brisa, y el sonido de las gaviotas reemplaza al de los coches. Rita tira un poco de la correa, como si también tuviera prisa por llegar. Frente a nosotras, los barcos se mecen suavemente en el agua, y el sol comienza a teñir el cielo de un naranja apagado.

Aguanto la respiración ante la belleza que contemplan mis ojos.

El puerto parece un cuadro en movimiento: barcos de pesca, veleros, redes secándose al sol. El aire huele a sal y a madera húmeda, y por primera vez desde que llegué, siento que quizá podría quedarme más tiempo del que había planeado. Es un lugar precioso, de esos que solo se ven en las películas. Me pregunto por qué no habré venido antes, aunque hubiese sido de vacaciones.

Las embarcaciones se alinean a lo largo del muelle y una gaviota pasa muy cerca de Rita. Ella ladra y da un salto, como si quisiera unirse al vuelo del ave. Subo con cuidado al muelle. Rita me sigue, con la nariz pegada al suelo. A nuestra de-

reacha, un hombre mayor desenreda una red de pesca mientras tararea algo en voz baja.

Nos detenemos junto a una barandilla de madera, donde las gaviotas se pelean por restos de pescado. Rita se sienta mi lado, jadeando feliz. Y por un momento me permito pensar que no ha pasado nada en Hoboken, que solo soy una veterinaria que se ha tomado unas largas vacaciones para romper con su rutina.

Ese pensamiento me hace inmensamente feliz.

Sin problemas.

Sin miradas acusadoras.

Cierro los ojos y entreabro los labios, y se me eriza el vello de los brazos.

El muelle está tranquilo, bañado por la luz dorada del atardecer. Algunas embarcaciones se mecen suavemente, y el sonido del agua contra la madera es casi hipnótico.

Me agarro a la barandilla, dejando que el viento me despeine un poco. Rita decide tumbarse a mis pies y mira el vaivén de las gaviotas con las orejas en alto.

—¿Es tu primera vez aquí? —pregunta una voz rasposa a mi izquierda.

Me giro con rapidez. El marinero de antes, un hombre mayor, de piel curtida por el sol y manos fuertes, está ahora sentado en una banqueta baja junto a una caja de herramientas. Lleva una gorra descolorida y huele a salitre y a tabaco. Tiene los ojos claros, de ese azul casi gris que parece haber visto demasiadas tormentas.

Asiento, un poco sorprendida.

—Se nota —dice con una sonrisa torcida—. A los de fuera siempre se les nota en los ojos. Llegan buscando algo. Aunque no siempre saben el qué.

No sé qué responder, y decido permanecer callada. Él se encoge de hombros y señala hacia el mar.

—¿Ves ese barco que se aleja? —señala—. Cuentan que una vez uno igual zarpó sin saber que llevaba a bordo el alma de un hombre maldito... ¿Quieres que te cuente una historia?

Algo dentro de mí se remueve. Los recuerdos golpean mi cabeza y siento que los ojos se me humedecen.

Mi padre también me contaba historias cuando era pequeña. Al principio compraba libros para leérmelos. Luego decidió que su imaginación era lo suficientemente poderosa como para armar una historia. Recuerdo que me tumbaba en la cama, con la colcha hasta el pecho, y él se sentaba a un lado. Encendía la luz de mi mesita de noche y empezaba a narrar con esa voz profunda y masculina.

Lo echo muchísimo de menos.

Mi corazón da un vuelco y la tristeza se apodera de mí. Él había sido mi puerto seguro, el refugio al que recurrir cuando las cosas no salían bien.

Suspiro y sacudo la cabeza para centrarme en el viejo marinero, que debe de rondar los setenta años. La edad que tendría mi padre si estuviera vivo. Algo en él me recuerda a mi padre. Quizá sea esa sabiduría que distingo en sus ojos, o quizá el timbre de su voz.

Sea lo que sea, lo miro con curiosidad. Hay algo en su tono, en su forma pausada de hablar, que me atrapa.

—Claro —respondo.

Y entonces comienza.

—Hace muchos años —empieza, sin mirarme—, cuando Southwest Harbor aún no tenía nombre y las mareas marcaban la vida de los que vivían aquí, hubo un marinero que se enamoró del mar más que de cualquier mujer. —Hace una pausa, como si aún pudiera ver al hombre del que habla—. Era joven, fuerte y valiente. Pero también arrogante. Decía que ninguna tormenta podría con él, que conocía cada corriente, cada arrecife, cada truco de las aguas. Y así fue como,

una noche de luna nueva, desafió a los cielos y se hizo a la mar, aunque todos le advirtieron que una tormenta se avecinaba.

Rita deja escapar un leve gruñido, como si también notara que algo se avecina en la historia. Me agacho a acariciarla.

—No volvió. Ni él ni su barco. Dicen que el mar se lo tragó por orgullo. Pero otros aseguran que no murió... del todo. Que el mar, celoso de su amor por la libertad, lo condenó a vagar eternamente entre las olas, con el rostro cubierto de algas, conchas y corales. Que en noches de tormenta se le ve al timón de un barco espectral, buscando la costa, pero sin poder alcanzarla nunca. Nunca volverá a ser libre.

Un escalofrío me recorre la espalda, cargado de anticipación e interés. No sé si por el aire, que se ha vuelto más fresco, o por la voz del viejo marinero, densa de misterio.

—Dicen que, si lo ves —añade en un susurro—, no debes mirarlo a los ojos. Porque si lo haces..., te llama. Y entonces serás incapaz de no caminar hasta el mar y ahogarte cuando no hagas pie.

Lo miro, sin saber si sonreír o tragar saliva. Él se encoge de hombros y suelta una risa ronca.

—Ahí no termina la leyenda.

—¿Cómo continúa? —pregunto, con la curiosidad floreciéndome en el pecho.

El hombre suelta una carcajada, y por un instante, sus rasgos parecen más jóvenes. Estoy segura de que en su juventud fue un hombre muy atractivo.

—Creo que por hoy es suficiente. Te contaré qué le pasó al joven y su maldición la próxima vez que nos veamos —dice, aclarándose la garganta—. Aquí contamos historias, señorita. Algunas son verdad. Otras..., bueno, otras cambian con el paso de los años. Sin embargo, el mar lo sabe todo. Es un buen guardián de secretos.

Sin entender qué ha querido decir, veo cómo el marinero se levanta despacio, coge su caja y se aleja por el muelle sin decir adiós.

Me quedo allí, mirando el horizonte, preguntándome si esa historia ha sido solo eso o si de verdad existió un día ese hombre. Sea lo que sea, tengo ganas de ir tras él y suplicarle que continúe. Quiero saber más. Necesito saber más.

Mi padre solía hacer lo mismo cuando era niña. Me leía un capítulo antes de dormir y luego se marchaba, tras apagar la luz con una sonrisa cómplice. No importaba cuántas veces le suplicara que leyera un poco más. Nunca cedía.

Suspiro y miro a Rita.

—¿Volvemos a casa? Se está haciendo tarde.

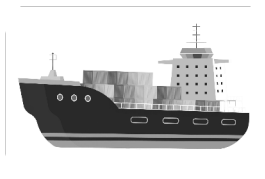
Ella ladra, como si también supiera que el día ya ha terminado.

Caminamos juntas de vuelta a la furgoneta. Pero mientras abro la puerta y me acomodo en el asiento, ya lo tengo decidido.

Mañana volveré al muelle.

Pasearé con Rita entre los barcos dormidos, husmearé entre las sombras saladas y buscaré al viejo marinero.

Porque necesito saber qué fue lo que le pasó al hombre de la historia. Y porque siento que esa historia... me está buscando a mí.



### 3

## LO QUE QUEDA DE NOSOTROS

CALEB

Si me preguntaran a qué huele mi lugar de trabajo, diría que el astillero desprende un aroma inconfundible: madera húmeda, salitre y barniz recién aplicado.

Estoy encorvado sobre la quilla de un viejo barco de pesca, con una lija en la mano y el ceño fruncido de quien lleva horas concentrado en lo mismo. La camiseta se me pega al cuerpo por el calor y el polvo fino, y llevo las mangas remangadas hasta los codos.

Debería haberme ido hace un par de horas, pero, al igual que mi padre, encuentro en este trabajo algo más que una obligación. Es casi como un *hobby*.

Cada movimiento sobre la madera es preciso, paciente. Mi padre solía decir que no solo restauramos barcos o los construimos desde cero. Lo que hacemos es devolverles su forma natural, como si el tiempo, las olas y las tormentas no hubieran pasado nunca por ellos.

Una radio vieja suena a lo lejos, pero apenas presto aten-

ción. Tengo la frente perlada de sudor, una astilla clavada en el pulgar y los pensamientos en otra parte.

A mi alrededor, el astillero parece dormirse despacio bajo la luz dorada del crepúsculo. Solo el sonido constante de la lija contra la madera y el canto ocasional de una gaviota rompen el silencio.

No hablo mucho mientras trabajo, y nadie espera lo contrario. Ni siquiera mi padre, que con los años se ha vuelto más conversador. Mi pasión es esta: crear o devolverle el alma a un barco. Si una embarcación tiene una segunda oportunidad, es porque ha pasado por las manos de los Crowley.

Las dos puertas de madera están abiertas, y desde donde estoy veo a mi padre acercarse por el muelle. Lleva una caja de herramientas en una mano y acaba de despedirse de una mujer. No sé quién era; desde esta distancia no he podido distinguir su rostro, pero supongo que será alguna vecina de Southwest Harbor.

Sus pasos resuenan sobre las tablas viejas del muelle.

—Continúa mañana, Caleb —dice en cuanto entra—. Vete a casa con tu hijo y descansa.

Dejo la lija a un lado y me paso el antebrazo por la frente.

—¿Con quién hablabas? —pregunto.

—No lo sé —responde con una sonrisa enigmática.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No era una vecina del pueblo?

—Supongo que lo es. Lo que sí puedo decirte es que no es de aquí —dice mientras guarda la caja de herramientas—. ¿Tienes cena para hoy?

—Sí —respondo, incorporándome y sacudiéndome las manos en los pantalones vaqueros—. Voy a marcharme a casa.

—Descansa —dice mi padre—. No tengas prisa por volver mañana a primera hora.

Asiento con un gesto breve. No soy de los que se quedan hablando más de lo necesario, y él lo sabe.

Recojo mis cosas en silencio con cuidado y siguiendo siempre el mismo ritual: limpio las herramientas y las dejo donde estaban. Salgo del astillero y cierro una de las puertas con un chirrido familiar. La brisa del atardecer me roza la piel sudada del cuello, y agradezco el alivio mientras camino hacia mi camioneta. El mar está tranquilo, reflejando el último resplandor dorado del día. Me detengo un segundo, con la mano en el tirador de la puerta, y miro el horizonte. Algo en esa calma me reconforta.

Desde pequeño, cuando mi padre y mi abuelo trabajaban en el astillero familiar, yo me quedaba muchas tardes allí, mirando el atardecer. Encontraba un extraño placer en ver cómo el sol se deslizaba poco a poco hacia el horizonte, con la promesa de regresar al día siguiente.

A veces se me venían a la cabeza las leyendas y las historias que mi padre me contaba. Muchas eran solo cuentos para entretenerme cuando era niño, o al menos eso creía entonces. Pero otras eran más realidad que fantasía. Mi padre solo se encargaba de darles un toque de su propia cosecha: fantasmas, monstruos y barcos errantes. Por ejemplo, historias de barcos que desaparecían en la niebla, de marineros que oían voces bajo las olas cuando salían a pescar, de tesoros malditos y desapariciones... y de amores imposibles que terminaban en tragedia.

A veces, cuando mi padre terminaba pronto en el astillero, se sentaba conmigo en silencio sobre las tablas de madera. Ninguno de los dos decía nada. Podíamos estar horas así, hipnotizados por el movimiento del agua, hasta que llegaba mi madre para avisarnos de que la cena estaba lista.

Suspiro, subo a la camioneta y arranco. El motor ruge con familiaridad. En la radio suena una canción *country* vieja, de

esas que acompañan sin molestar y te dejan también sumirte en tus pensamientos. Conduzco por la carretera estrecha, flanqueada de pinos, viendo cómo las sombras se alargan en los bordes del camino.

Mi hijo estará en casa, probablemente viendo dibujos o desordenando los cojines del sofá bajo la atenta mirada de la niñera.

Mi mundo es pequeño. Todo lo que necesito en la vida está aquí, en Southwest Harbor: el mar, mi familia y el bosque.

Nada más.

Y, sin embargo, mientras el cielo se tiñe de un azul profundo y los faros de la camioneta cortan la penumbra del camino, no puedo evitar pensar en la familia que fuimos antes del fallecimiento de mi esposa.

La echo de menos. Siempre lo haré. Pero hay una parte de mí que ha aceptado que no volverá. Que ya no somos tres.

Solo dos: mi hijo y yo.

Y aunque a veces el silencio en casa pese más que cualquier otra cosa, también sé que gracias a él puedo tirar hacia delante.

Giro por el camino de tierra que me lleva hasta mi casa y las ruedas de la camioneta crujen sobre la grava suelta. A un lado, los pinos altos se alzan como centinelas, y al otro, el terreno se abre hacia un claro donde crece la hierba salvaje junto a algunas flores silvestres que mi hijo insiste en recoger cada vez que salimos a pasear.

El porche de madera aparece entre los árboles, con su barandilla un poco desgastada y la luz del exterior encendida, lanzando un cálido resplandor sobre los escalones.

Dejo la furgoneta junto al cobertizo, en el mismo sitio de siempre, justo frente a una vieja rueda de carro que cuelga de un árbol y que nunca he quitado porque a mi esposa le gustaba cómo quedaba ahí.

Antes de que pueda apagar el motor, la puerta principal se abre de golpe y una figura menuda sale corriendo, sin calzar y con una camiseta de dinosaurios.

—¡Papá! —grita, agitando los brazos.

Me bajo justo a tiempo para atraparlo cuando salta hacia mí. Me rodea el cuello con fuerza, con ese abrazo sincero que solo tienen los niños.

—¿Te has portado bien hoy? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Henry es un niño demasiado maduro para su corta edad de seis años. Lejos de estar enganchado a una pantalla, prefiere los largos paseos por el muelle o el bosque, ya sea conmigo o con mi padre.

—He ayudado a Úrsula a poner la mesa. Bueno..., un poco —dice, con esa media sonrisa suya—. También he dibujado un barco. ¿Quieres verlo?

—Claro que sí —respondo, cogiéndolo en brazos mientras nos dirigimos a la casa—. Pero primero, cena.

Se apoya en mi hombro mientras entramos, y por un momento, todo lo demás se desvanece. El cansancio, el olor a barniz que aún traigo conmigo, incluso el hueco que dejó su madre. Todo queda en silencio cuando él sonríe.

Úrsula, su niñera, está en la cocina. Es una mujer joven, de unos veinticinco años, con ojos azules y nariz respingona. Ha cuidado de Henry desde que mi mujer falleció. Trabaja a media jornada en una escuela infantil, y su carácter dulce y cariñoso ha sido un apoyo fundamental en todo este tiempo. Conoce a Henry desde que nació, y eso se nota en la complicidad que comparten. Lleva su melena rubia suelta, con ondas que le caen sobre los hombros.

—Buenas tardes, Úrsula.

—Buenas tardes, Caleb. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien —respondo, estrechando a Henry contra mi pecho—. Te dejé el dinero en el mueble del recibidor.

—Perfecto, gracias —dice con una sonrisa—. Tenéis la cena hecha. ¿Mañana a la misma hora?

Asiento casi de forma imperceptible.

—Eso es —musito.

Úrsula se acerca para darle un beso a Henry en la mejilla. Su olor a fresas me envuelve durante un segundo, y noto su mirada sobre mí. Sé que ha intentado más de una vez acercarse... de otra forma. Pero yo lo he evitado con suavidad. Hay muchas razones que me mantienen alejado de ella. La primera, su edad. Me parece demasiado joven para mí. Luego está el hecho de que no siento esa chispa, esa conexión que ella sí parece percibir. Y, por último..., dudo que pueda volver a enamorarme. Nunca habrá ninguna mujer a la que pueda querer tanto como a Laurie.

Cuando se va, me fijo en que ya está puesta la mesa. Solo queda servir la comida.

—¿Nos lavamos las manos? —pregunto, y miro a mi hijo.

Henry asiente un par de veces, y pasamos junto al mueble del salón, donde descansa una fotografía de Laurie, él y yo. Los tres sonriendo, congelados en un momento que ya no volverá.

Laurie fue una mujer increíble. Llena de fuerza y determinación. Para ella, lo más importante siempre fuimos nosotros. No le importaba sacrificarse con tal de asegurarse de que éramos felices.

Fue mi novia de toda la vida. Después de tontear con algunas chicas a los dieciocho, reuní el valor suficiente para lanzarme a por ella. Siempre la había observado desde lejos, con deseo y admiración, como algo que nunca podría alcanzar.

Había nacido en Missoula, pero se mudó a Southwest Harbor para cuidar de su tía, que falleció un par de años después.

Le había dejado la casa, aunque Laurie terminó por venderla. Sus padres vienen de vez en cuando a visitar a Henry. Y llaman a menudo. Quieren saber cómo está, si necesita algo. A veces me preguntan por mí también, con esa delicadeza incómoda de quien no sabe si cruzar la línea del duelo ajeno.

Agradezco su preocupación, por supuesto que lo hago. Pero la mayoría de las veces no sé qué decirles.

Estoy bien. Estamos bien.

Y con eso basta. O, al menos, eso me digo todos los días cuando me despierto. Henry sale del baño con las manos chorreando y la camiseta salpicada, y me llama para que le seque con una sonrisa desdentada.

Respiro hondo.

La vida ya no es lo que era, pero sigue aquí. Con menos ruido. Con menos luz. Pero sigue.